y de los gastos que hacía la expedición, y también ayudaba el aparato y ostentación de la corte, cosa á que el antiguo empleado era muy aficionado.

Una vez convencido de que el Imperio sería indestructible, D. Braulio comenzó á hacerse sentir; puso en juego sus antiguas influencias, y no tardó mucho en verse nombrado Consejero Imperial.

Desde entonces fué el panegirista incansable del gobierno, y el mayor agente de propaganda que se podía imaginar.

Por supuesto que su afectación al hablar, al accionar y en el vestir, subieron de punto, haciéndose el hombre insoportable.

Aunque nacido en humide cuna, D. Braulio cobró unos aires aristócratas que daban grima, y no era fácil cosa que pudieran dirigirle la palabra personas que no fuesen de su categoría.

Mas cuando trataba con personas de mayor jerarquía, se mostraba adulador hasta la bajeza, como acostumbran hacer las gentes de la taya de D. Braulio. Ya lo vimos adulando á Apaña en casa de Doña Natalia, y por ello podemos sacar en consecuencia lo que haría con los personajes del gobierno.

De este modo fué subiendo, de puesto en puesto, hasta alcanzar la elevada posición en que á la sazón se hallaba, porque desgraciadamente á los mortales subyuga tanto la educación, que por su medio acceden á todo cuanto se les pide, sin notar que el adulador los burla mintiéndoles, y con frecuencia los hace instrumentos de sus pasiones.

Así vivió Porras en los primeros tiempos del Imperio; pero como el hombre es perspicaz y observador, pronto comenzó á conocer los puntos débiles de la situación, llegando á persuadirse de que en un tiempo cercano, aquel edificio levantado con tantos esfuerzos y sacrificios, vendría á tierra arrastrando entre sus ruinas á todos aquellos que no se hiciesen á un lado oportunamente.

Como resultado de semejantes convicciones, el Consejero se propuso tomar con tiempo sus medidas para salvarse de la catástrofe que preveía.

Empezó por realizar poco á poco sus intereses, de suerte que su proceder no causase alarma; y los fondos que hacía efectivos los colocaba desde luego en el Banco de Inglaterra.

Terminada que hubo su operación, quedó el hombre completamente expedito, de manera que pudiese obrar según lo exigieran las circunstancias.

Mas por una aparente contradicción, muy explicable en caracteres como el del personaje cuyos actos refiero, sucedía que á pesar de la íntima convicción en que estaba de que el Imperio

no podía sostenerse, era el predicador más ardiente y apasionado del gobierno Imperial y su constante defensor, así como el detractor más encarnizado del partido republicano y de sus hombres.

Desgraciado de aquel que en su presencia pusiese en duda la consolidación de la monarquía, ó diese alguna noticia desfavorable para ella; D. Braulio, lleno de ira, caía sobre el infeliz con una avalancha de injurias, de denuestos é imprecaciones.

La posición elevada que ocupaba y la circunstancia de regir el orden de cosas que Porras defendía, eran motivos suficientes para que su contrincante abandonase el campo.

Estos fáciles triunfos llenaban de orgullo al consejero, que aunque convencido de lo contrario que defendía, alcanzaban, no obstante, á contentar su vanidad.

Partidario del terror para los enemigos del Imperio, predicaba que se usara la mayor energía con los perversos que alteraban el orden, sin que alcanzara á ninguno de ellos la imperial clemencia, por ser contraria á la felicidad del Estado.

En su concepto, la destrucción completa de los partidarios de la República, era la única esperanza de felicidad.

Con semejantes ideas, el bueno de Porras cooperó á la expedición del famoso decreto de 3 de Octubre.

Después, con la conciencia plena en la imposibilidad de que pudiera sostenerse el Imperio, fué uno de los que con más entusiasmo aconsejó á Maximiliano que conservase el poder á toda costa, y que continuase la guerra hasta destruir por completo á los republicanos; persuadiéndole de que el país abundaba en recursos y de que podía contar con el sacrificio y abnegación del partido conservador.

Aquella conducta seguida por el consejero Imperial, hacía que el público viese en él uno de los más firmes apoyos de aquel gobierno, y también uno de sus más fervientes é intransigentes partidarios.

VI.

¡En vano la criatura estudia asiduamente el modo de sustraerse á los caprichos del destino!

Sus trabajos de muchos años, sus más hábiles combinaciones, se ven destruidas cuando menos lo piensa, por acontecimientos que no se podrían prever.

Cuando Clara Bullanga, obsequiando los deseos de sus padres, accedió á dar su mano al opulento banquero D. Severo Apaña, la joven creyó que el sacrificio que hacía le aseguraba para siempre una posición brillante en el mundo.

En efecto, los negocios de Apaña marchaban admirablemente; sus sabios cálculos consolidaban de día en día su gran fortuna, y todo hacía creer que su casa llegaría á ser una de las más fuertes de la República.

Pero la audacia con que el hombre se arrojaba á las especulaciones más arriesgadas, al mismo tiempo que le proporcionaba las mayores ventajas, podía conducirlo á su ruina.

Así sucedió, que en la época en que gobernó Miramón en la capital, entró de lleno en las combinaciones de la casa de Jecker, donde comprometió casi toda su fortuna.

Aunque el triunfo de los liberales á fines de 1860 redujo á cero los créditos procedentes de aquella especulación, había logrado Apaña sostener su casa.

Mas cuando establecido el Imperio, que era su esperanza, no se pensó en salvar el crédito de Jecker, la ruina de Apaña fué inevitable.

Reducida su fortuna á un pepueño capital, el banquero se vió obligado á disminuir sus gastos cuanto le fué posible, y comenzar de nuevo á trabajar para restablecer su posición.

Tomó una casa de humilde apariencia que amuebló con la mayor sencillez; suprimió los carruajes y todo gasto que no fuese esencialmente necesario, no pensando en otra cosa que en entregarse con ánimo y esfuerzo al trabajo.

La orgullosa Clara no pudo conformarse con semejante cambio.

Despechada por no poder presentar su casa con el lujo de antes, se retiró de todas sus amistades, siendo esta la causa de que no volviese á las tertulias de Doña Natalia.

El carácter de la Sra. de Apaña, antes jovial y naturalmente gracioso, se hizo taciturno y sombrío.

Como si la desgracia de su marido hubiese sido determinada por su voluntad, diariamente le echaba en cara la situación á que se veían reducidos, increpándole por la falta de tino y previsión con que se había conducido en el negocio de Jecker, cuando todo el mundo, según ella, veía claro como la luz del día la catástrofe que se preparaba.

D. Severo, al principio, quiso convencer á su esposa con razones, manifestándole las probabilidades de buen éxito que presentaba el negocio; pero Clara no quería entender nada, ni tampoco dejaba un momento sus recriminaciones, y aquel hombre que trabajaba con el mayor tesón en levantar su casa, acabó por disgustarse formalmente con su consorte.

Desde entonces, las disputas y los disgustos eran diarios, y Apaña perdía la paciencia.

Para hacer tolerable la triste vida que llevaba, se resolvió á sufrir á Clara sus impertinencias, evitando con ella toda discusión.

Tal conducta que hubiese satisfecho á la mujer más exigente, exaltó á aquella, que se propuso no dejar un instante de reposo á su marido.

Desde el momento en que éste llegaba á la casa y todo el tiempo que permanecía en el hogar, Clara desplegaba su furor armando camorra por cualquier cosa, hasta que aburrido el hombre se lanzaba á la calle.

La vida comenzó á ser insoportable para Don Severo: cuando después de luchar con el mundo para adquirir recursos para la familia; cuando cansado de las impertinencias de los hombres, que antes le llamaban su amigo, llegaba á su casa en busca de tranquilidad; allí lo esperaba la implacable Clara para no dejarle un momento de sosiego.

Llegó á tal grado la hostilidad de Clara á su marido, que no fueron bastante á contenerla las cándidas súplicas de su pequeña hija Enriqueta, lindísima y precoz niña de diez años, que era el encanto de D. Severo.

Desesperado el hombre de aquella cruel lucha, se encerraba en su gabinete echando la llave y dejaba á su mujer dueña absoluta de la casa.

De esta suerte, si Clara quería estar á sus anchas sin que Apaña la estorbase, no tenía mas que promover una cuestión con su marido, segura de que él buscaría refugio en su gabinete.

Por otra parte, la conducta de Clara comenzó á dar pábulo á la maledicencia; se hablaba de varios escándalos, entre otros, el que daba cierto capitán del Ejército Francés que la visitaba asiduamente, cuando Apaña no se hallaba en casa; pero que después la frecuentaba aun cuando D. Severo se hallase en ella.

Fuese que el banquero maliciase alguna cosa, ó que por casualidad saliese del gabinete, lo cierto es que una noche halló á su esposa en tiernos coloquios con el capitán.

Apaña, imperturbable, con la mayor calma, se dirigió al oficial y sin pronunciar una palabra le dió en medio del rostro un soberbio bofetón.

El agredido quiso hacer uso de la espada; pero D. Severo tomó diligentemente un revólver de un mueble inmediato, obligando á su rival á salir de la casa, no sin anunciar que enviaría sus testigos.

VII.

Tres días habían pasado desde que tuvieron lugar los acontecimientos descritos.

En la tarde del último día, dos grupos de ginetes, procedentes de distintas direcciones, penetraron en una de las barrancas en que abundan las lomas que comenzando en los linderos del Molino del Rey, van ascendiendo gradualmente hasta el pie de las montañas que cierran por el Occidente el Valle de México.

El primer grupo de ginetes había precedido al otro en algunos minutos; al llegar al pie de una cantera de *tepetate* abandonada, se detuvo, y echando pie á tierra, comenzaron los individuos que lo componían, con excepcion de dos soldados que quedaron al cuidado de los caballos, á subir por el repecho que á la cantera conducía.

Aquel grupo se componía de tres oficiales y cuatro soldados del Ejército Francés.

Cuando los que subían penetraron en la cantera, uno de los soldados encendió una linterna sorda y se puso á guiar á los oficiales. El otro soldado quedó de vigilante á la entrada.

Los que guiados por la luz seguían al soldado que la llevaba, llegaron á un rincón donde hallaron una fosa abierta, capaz de servir á un hombre de sepultura.

Sobre el montón que formaba la tierra que la excavación había producido, se veían dos palas y dos zapapicos.

Está bien, dijo uno de los oficiales, tiene buena profundidad. Doctor, añadió dirigiéndose á uno de los circunstantes, creo que ya puede V. preparar sus cosas.

El grupo volvió hacia la entrada de la cantera donde el Doctor colocó abierto en lugar conveniente, un estuche con instrumentos quirúrjicos, hilas, vendas y todo lo necesario para la pronta curación de una herida.

Apenas concluida esta operación, el soldado que estaba de vigilante anunció la llegada del segundo grupo de ginetes que avanzaba por la barranca.

Uno de los oficiales salió á recibir á los recién venidos mostrándoles la senda que conducía á la cantera.

Don Severo Apaña y Don Braulio Porras subieron con alguna dificultad, y una vez arriba, saludaron con cortesía aunque con seriedad á los que allí esperaban.

En la barranca quedó un mozo con los caballos y un soldado francés que iba á pie sirviendo de guía.

Porras se apartó á un lado y conferenció un momento con uno de los oficiales. Después, á una indicación de éste, el Doctor y el otro oficial le entregaron sus espadas.

Don Braulio y el oficial midieron las armas, hallándolas del mismo modelo y de igual longitud; pero por si hubiese en una de ellas alguna ventaja respecto del temple, del peso, ó por otra causa, las rifaron.

¡Aguila ó gorro! dijo D. Braulio lanzando al aire una onza de oro.

Aguila: contestó el francés.

Es gorro: añadió Porras levántando la moneda. A mí me toca escojer.

Tomó entonces la espada que le pareció, entregándola á Don Severo.

No necesito decir que en aquel lóbrego sitio donde tenía lugar esta escena se iba á verificar un duelo entre Apaña y el seductor de Clara.

Los padrinos señalaron el terreno y lo rifaron; pero en esta ocasión perdió Don Braulio, tocándole elegir á su contrario.

Los rivales se quitaron la levita y el chaleco, mostrando que no llevaban mallas, ni cosa que pudiera amortiguar las estocadas.

Los padrinos los colocaron uno frente al otro á algunos pasos de distancia.

¡Listos! dijo el francés, y luego dió la voz:

¡En guardia!

Los contendientes tomaron la posición que se les ordenaba.

Porras mandó:

¡Adelante!

Los rivales avanzaron, poco á poco, cubriéndose hasta verificar la unión de armas.

Don Severo conocía la esgrima del florete, aunque hacía mucho tiempo que no la ejercitaba; esta circunstancia, y el peso de la espada á que no estaba acostumbrado, le quitaban gran parte de su agilidad.

Su rival, por el contrario, acostumbrado al uso de la espada y siendo más joven que el banquero, tenía sobre éste incuestionable ventaja.

Apenas había transcurrido un minuto de combate, cuando Apaña se sintió en extremo fatigado, por cuyo motivo Porras pidió cinco minutos de suspensión.

Después de fumar un cigarro comenzó de nuevo la lucha, acometiéndose los combatientes con furor.

En esta vez, Apaña comenzó á perder terreno: su adversario

cerraba sobre él sin cesar, y D. Severo tenía que vencer las dificultades que el terreno que estaba á su espalda le presentaba.

En tan mala situación, una mala pisada le hizo descubrirse, y en el acto fué alcanzado por el acero de su antagonista.

A tierra cayó Apaña desplomado, arrojando un torrente de sangre, sin lanzar un gemido, y después de unas ligeras convulsiones su cuerpo rígido quedó sin movimiento alguno.

El Doctor, que se acercó para reconocer la herida, dijo en alta voz: nada puedo yo hacer; la espada atravesó el corazón, y el señor Apaña está bien muerto.

Los soldados, que habían quedado á la entrada de la cantera y que contemplaban el duelo con los brazos cruzados, se adelantaron á una indicación del Doctor, levantaron el cadáver y lo condujeron á la sepultura que estaba abierta de antemano en la previsión de la muerte de alguno de los combatientes.

El doctor los precedía llevando la linterna.

Depositado el cuerpo del desdichado Apaña en el fondo de la fosa, los soldados se apresuraron á llenarla de tierra, nivelando el piso lo mejor que pudieron.

En seguida, penetrando en lo más profundo de la cantera, ocultaron en distintos lugares los zapapicos y las palas.

Concluida esta operación, regresaron incorporándose con la gente que los esperaba en la barraca.

Todos á caballo, y el soldado que llegó á pie cabalgando en el de D. Severo, emprendieron la marcha para la capital cuando el crepúsculo de la tarde iba á desaparecer.

Algunos días después se comenzó á notar la falta del banquero, y poco á poco se hizo pública su desaparición.

Los periódicos dijeron que parecía que había salido de incógnito de la ciudad, con el fin de incorporarse á los republicanos.

Acogida la noticia como verdadera no se volvió á hablar del asunto.

VIII.

Por no hacer demasiado largas estas memorias, no me he ocupado en ellas, como te anuncié, mas que del círculo que á ambos es conocido y de lo que con él se ha relacionado. Pero creo que lo escrito habrá sido bastante para probar mi aserción, de que en la tierra hay gente, y no poca, que puede competir ventajosamente con los diablos más encopetados y campanudos.

Ahora voy con mis compañeros á trabajar por la República. Cuando hayamos triunfado; cuando mis esfuerzos por aclima-

tar en este planeta las cosas buenas que aprendí en Venus, hayan tenido buen éxito, habrá concluido mi misión.

Entonces volaré á Júpiter, iré al Valle de la Esperanza, y seré feliz al lado de mi adorada Amparo.

"Allí, como siempre, recordaré con placer tu amistad; pero dudo mucho que pueda volver á comunicarme contigo.

Tu amigo siempre,

PASCUAL."

. . . . . .

Habían pasado cuatro meses desde que leí el contenido de la segunda comunicación de mi amigo Pascual.

Cualquiera que fuese la impresión que me causaran los acontecimientos militares y políticos que en tumulto se sucedían, así como las fatigas y atenciones de una vida llena de agitación, distrajeron de tal manera mi pensamiento, que casi hube de olvidar por aquellos días las curiosas revelaciones de mi amigo.

A la sazón, el Ejército Republicano asediaba la ciudad de Querétaro, donde se hallaba el Archiduque Maximiliano de Hapsburgo.

El 14 de Marzo de 1867 había tenido lugar una acción bastante reñida.

El General Corona, con su División, se había lanzado contra el fuerte punto de la Cruz, donde el enemigo pudo concentrar sus tropas. La situación de los asaltantes se hizo peligrosa, por cuya causa el General Escobedo ordenó otro ataque por el Norte, sobre las Lomas de San Gregorio, con objeto de obligar al enemigo á dividir sus fuerzas.

Las columnas atravesaron el llano que las separaba del punto de ataque bajo el fuego de la artillería del Cerro de las Campanas que las batía oblicuamente.

Llegadas á las lomas, las subieron gallardamente, estableciéndose en ellas y conservándolas hasta la conclusión del sitio.

En la tarde del día 14, el combate había cesado y la noche llegó profundamente oscura.

Mi caballo, que estaba cansado, caminaba lentamente, y yo había soltado las riendas un momento, para abrigarme con mi capote, de un vientecito del Norte que penetraba hasta los huesos.

Mi objeto era llegar al Parque General, para recabar una noticia de los consumos de municiones habidos en el día y un estado de las existencias que quedaban.

De repente, oí detrás de mí el trote de un caballo y el chasquido del sable de quien lo montaba.

Detuve mi bridón y volví la cara para ver al que llegaba.

Pronto se acercó un soldado, y presentándome un pliego me dijo:

¡Mi jefe, este oficio para usted!

Tomé la comunicación, y cuando me disponía á preguntar quién me la enviaba, el ginete, volviendo grupas, desaparcía en la oscuridad con una carrera vertiginosa.

Puse en la bolsa el pliego, mi caballo al paso, y me fuí pensando en aquella aparición fantástica, que como un sueño había desaparecido.

Al llegar al parque pedí una linterna para leer el misterioso papel.

¡Cuál sería mi sorpresa al recorrer las siguientes lineas!

"Hoy, 11 de Marzo de 1867, se ha embarcado en Veracruz el General Bazaine con los últimos soldados franceses que quedaban en tierra.

"Algunas familias mexicanas, cuyos jefes se habían comprometido con el Imperio, se embarcaron también apresuradamente.

"Entre aquellas familias se notaban las de algunos oficiales que se habían casado en México.

"Cuando no quedaba mas que un bote atracado al muelle, saltó á él un capitán, tendió la mano á una señora hermosa, ya en la madurez, para ayudarla á embarcarse, y después á una linda niña que la acompañaba.

"En seguida entró al bote un caballero moreno, de aspecto grave, aunque no distinguido.

"Los remeros desatracaron el bote y comenzaron á bogar.

"Poco después, los viajeros tomaban el bordo del navío Bayard, de la marina militar francesa.

"Ya habrás comprendido que aquellos viajeros eran Clara Bullanga con su hija, el capitán que mató á Apaña en duelo, y el entusiasta imperialista D. Braulio Porras.

"Por última vez te dice adios tu amigo

PASCUAL".

México, 1874.

FIN.